

EL PROBLEMA NIETZSCHEANO DEL RETORNO Y SU PROYECCION EXISTENCIAL

SUMARIO: I. Hipótesis y profecía del retorno. - II. Nociones correlativas: tiempo, espacio, fuerza, devenir, causalidad, organización y teleología. - III. Proyección existencial del retorno: a) El hombre y el retorno. b) El hombre y el futuro. c) El hombre, la muerte y la eternidad.

I. HIPOTESIS Y PROFECIA DEL RETORNO

En 1916, escribía Alberto Einstein: "El desarrollo de la geometría no-euclidiana condujo a la noción de que es posible dudar de la infinitud de nuestro espacio, sin caer en desacuerdo con las leyes del pensamiento o de la experiencia" (1).

Cuando dicha geometría no-euclidiana (Gauss, Bolyai, Lobatschevsky, Riemann) era apenas poco más que el tema revolucionario de los grupos matemáticos de Europa, y antes de que aparecieran las hipótesis cosmológicas que ella permitía enunciar, la noción del espacio finito constituía uno de los puntos fundamentales en la teoría nietzscheana del retorno.

Pero Federico Nietzsche fué un visionario no sólo en este punto. Sin entrar a analizar sus anticipaciones geniales en lo referente a la concepción del tiempo, o a la "rebelión de los instintos", su consideración del eterno retorno de lo igual está preñada de previsiones admirables.

La unidad intrínseca que Nietzsche nota entre los conceptos de espacio, tiempo y materia está también claramente ex-

(1) A. EINSTEIN, *La théorie de la Relativité...* Gauthier-Villars, Paris, 1921.

presa en la teoría einsteniana: "... las reglas y los relojes están influenciados por los campos de gravitación, es decir, por la repartición de la materia" (2). Aún sus esfuerzos por fijar un concepto de fuerza de carácter cualitativo se alejan de la mecánica dominante en su época para mostrarse, más bien, como una profecía.

Es exactamente así que Nietzsche llama a su doctrina del eterno retorno: profecía (3). Comprende también claramente, que toda su construcción no es sino una gran hipótesis; la más "científica" de todas las factibles, (4) y es por eso que una de sus preocupaciones radica en esclarecer lo más posible las premisas en que se apoya su tesis.

El problema del eterno retorno se configura, a la vez, en un plano cosmológico y en un plano humano y vital. Bajo la luz del retorno, el universo adquiere nuevos perfiles, insospechados para la mente mecanicista que —alimentada en Newton forjaba los arquetipos cósmicos del siglo XIX; y el hombre, por su existir en ese mundo que existe deviniendo (5), y en el que el devenir retorna eternamente, se descubre en una nueva dimensión, que se acerca extraordinariamente a la clarificada por la filosofía existencial.

¿Cuál es el destino que Nietzsche señalaba para su hipótesis? "En lugar de la metafísica y la religión, la doctrina del eterno retorno" (6). Sólo ella puede dar al hombre la gravitación y el equilibrio necesario para cruzar la cuerda tendida hacia el superhombre (7), sin desviarlo con ficciones trascendentes que quitan a sus conquistas el peculiar sabor telúrico que es su virtud esencial.

(2) *Id. Id.*

(3) *V. D.*, aforismo 1050

(4) *V. D.*, aforismo 55.

(5) *V. D.*, aforismo 1065.

(6) *V. D.*, aforismo 461.

(7) *Z.*, Discurso preliminar, pág. 4.

II. NOCIONES CORRELATIVAS

Toda la estructuración filosófica de Nietzsche tiende a afirmar de manera vehemente la primacía del devenir. Heracliteano sin menoscabos, su antagonismo para con el ser parmenídeo es explícito y polémico.

Su postura cosmológica cae dentro de este lineamiento general. El mundo existe deviniendo —ya lo hemos visto—; tal afirmación encuentra sus ecos en la concepción del universo como voluntad de poderío, y —en consecuencia— como flujo dinámico en continuo desarrollo y modificación; en el planteo por el que asigna a los sentidos la capacidad de aprehender el verdadero trasfondo de las cosas —cambiante multiplicidad— acusando a la razón de escamotear esa verdad esencial para presentarnos la fábula de lo uno, lo estático, lo permanente.

Y entrando ya directamente en la problemática del retorno, las nociones de fuerza, tiempo y espacio, tal como se dilucidan en el pensamiento nietzscheano, llevan a afirmar indudablemente el devenir, y el devenir bajo un aspecto peculiar: el de la reiteración.

Los tres conceptos se hallan íntimamente enlazados. En efecto, Nietzsche postula una cantidad de fuerza finita, organizada en muchos (no infinitos) sistemas eternamente activos, pero de cantidad dinámica invariablemente igual. El hecho de que una fuerza sea tal, excluye necesariamente que pueda ser ilimitada (8).

“... una dimensión fija y bronceada de fuerza, que no se hace ni más grande ni más pequeña, que no se consume, sino que se transforma como un todo invariablemente grande” (9).

Un tipo tal de sistemas de fuerzas, dinamizándose en un tiempo infinito (10) y en un espacio finito (en caso contrario se

(8) *E. R.*, aforismos 1, 2, 3, 5; *V. D.*, aforismo 1061.

(9) *V. D.*, aforismo 1066.

(10) *E. R.*, aforismo 1; *V. D.*, aforismo 1065.

arribaría a un estado improductivo de las fuerzas) ⁽¹¹⁾, conduce irremediamente a la repetición de las situaciones totales. Dicho de otro modo, un número limitado de posibilidades que deben distribuirse a lo largo de un período temporal sin límites debe recaer —necesariamente— en una posibilidad ya efectuada anteriormente alguna vez.

Tal formulación, cuya consecuencia es el devenir retornante ya apuntado, es completada con la refutación de dos objeciones posibles.

Una de ellas se refiere a la posibilidad de que las fuerzas no hayan existido eternamente, sino que hayan tenido un comienzo; en tal caso, tendrían también un fin ⁽¹²⁾. Ahora bien, como —en virtud de la concepción del tiempo infinito— ha transcurrido una infinitud hacia atrás, si ese fin tuviera que ocurrir por necesidad, ya hubiera tenido lugar ⁽¹³⁾. Una variante del argumento, consistente en postular una posibilidad de equilibrio entre las fuerzas, es refutada también, por cuanto, dada aquella infinitud temporal hacia atrás, la cesación de fuerzas por equilibrio ya se habría producido; sin considerar, por otra parte, que la noción de equilibrio requiere una concepción cuantitativa de la fuerza que Nietzsche ha reemplazado por otra cualitativa ⁽¹⁴⁾.

La otra objeción radica en afirmar, sí, un devenir sin pausas, pero no retornante sino siempre renovado; supone un tipo de fuerza que, contra lo afirmado explícitamente, fuera capaz de crecer hasta lo infinito:

“El eterno devenir de nuevo supone: que la fuerza se aumenta caprichosamente a sí misma, y que no sólo tiene la intención sino también los medios de preservarse de la repetición de volver a adoptar alguna de sus antiguas formas...” ⁽¹⁵⁾.

⁽¹¹⁾ E. R., aforismo 8.

⁽¹²⁾ E. R., aforismo 7.

⁽¹³⁾ V. D., aforismos 1061 y 1065.

⁽¹⁴⁾ E. R., aforismos 11, 13 y 14.

⁽¹⁵⁾ E. R., aforismo 15.

El grito de alerta de Nietzsche contra quienes rechazan el proceso circular resuena, a la vez, como prevención contra las tesis teístas y mecanicistas (16), y como refutación contra la teleología, la causalidad y la creciente organización del cosmos.

En efecto; enfrentados con un universo en mutación constante y encauzados dentro de los carriles tradicionales, esos tres conceptos parecen ser la única salida para explicar aquel movimiento.

Y, sin embargo, las refutaciones de Nietzsche son bien explícitas. Niega el causalismo como falsa interpretación de raíz subjetiva:

“El sentimiento de que el “post-hoc” es un “propter-hoc”, es fácil de deducir como error, es comprensible. Pero los fenómenos no pueden ser “causas” (17).

En realidad, no hay sino lucha de elementos en el devenir, (18) pugna de voluntades de dominio.

Cabría preguntar, entonces, si esa lucha no está dirigida por algún ímpetu teleológico, acaso la búsqueda de un más alto grado de organización. Las afirmaciones nietzscheanas rechazan categóricamente cualquier tesis semejante.

“Si el universo pudiera llegar a ser un organismo, ya lo sería” (19). “El mundo no es un organismo, sino un caos” (20).

Pero no sólo *esa* finalidad es rechazada; el rechazo alcanza a la teleología en general, no a tal o cual fin:

“El devenir debe ser explicado sin recurrir a intenciones finales” (21); no hay fines, y por eso mismo la palabra azar carece de sentido (22). El suponer en el devenir, que se auto-realiza por sí mismo, tendencias que implican una estimación, es caer nuevamente en el antropomorfismo (23).

(16) E. R., aforismo 16.; V. D., aforismos 1061 y 1065.

(17) V. D., aforismo 543.

(18) V. D., aforismo 614.

(19) E. R., aforismo 18.

(20) V. D., aforismo 708.

(21) V. D., aforismo 705.

(22) G. S., libro II, aforismo 109.

(23) E. R., aforismo 22.

Resumiendo, afirma Nietzsche:

“La “finalidad” aparente... no es más que la consecuencia de esa voluntad de poderío que se desarrolla en todo lo que sucede” (24).

Asentada, entonces, en forma definitiva la hipótesis del eterno retorno como principio vigente en el devenir, resulta que lo que eternamente vuelve es precisamente ese devenir en cuanto sistema de fuerzas cuya posibilidad de renovación constante se agota en la infinitud del tiempo recayendo en combinaciones ya dadas.

En última instancia, ¿en qué relación se encuentran el retorno y el devenir?

El lograr hacer del devenir el ser mismo del cosmos es la manifestación de la más alta voluntad de poderío; y el acercamiento de esas dos instancias se logra gracias al retorno (25).

III. PROYECCION EXISTENCIAL DEL RETORNO

Todo lo que antecede corresponde a un esbozo de la hipótesis nietzscheana en el plano cosmológico.

Surge ahora la siguiente cuestión: ¿cuál ha de ser el perfil de una existencia humana que transcurre en un cosmos siempre retornante, desde el momento en que se hace consciente de aquel retorno?

Que el problema preocupa a Nietzsche es evidente: la segunda parte de sus consideraciones sobre el eterno retorno se titula precisamente “Efectos de la doctrina sobre la humanidad” (26); y en las poéticas profecías que componen el “Así habló Zaratustra”, la posibilidad de una exaltación de la vida por la comprensión de la realidad del retorno está apuntada claramente (27).

“¡Hombre! Toda tu vida es como un reloj de arena,

(24) *F. D.*, aforismo 550.

(25) *F. D.*, aforismo 614.

(26) *E. R.*, pág. 31.

(27) *Z.*, parte III, *De la visión y el enigma y El convaleciente*.

que sin cesar es vuelto boca abajo y siempre vuelve a correr...” (28).

Cualquier intento de acercarse a los problemas del hombre como existente, encuentra hoy —ya abiertos— los caminos lúcidos y definidos que trazara la filosofía de la existencia con los análisis de Heidegger; en consecuencia, para esbozar el planteamiento de la proyección existencial del retorno parecé sensato abarcar la cuestión con la perspectiva, el vocabulario y la problemática de aquella filosofía.

Sin duda que Nietzsche no lleva a cabo una explicitación minuciosa de la estructura ontológica del hombre que se enfrenta con el retorno; pero como dicho enfrentarse adquiere el carácter peculiar de confrontación-decisión, es evidente que el hombre que tiene que llevarlas a cabo debe ser susceptible de abrirse en un abanico de posibilidades.

Sólo frente a diversas posibilidades (que no son —por supuesto— sendas objetivas demarcadas por y entre el universo de las cosas, sino “maneras posibles de existir concretamente”, constitutivas del hombre mismo), cabe una decisión que es electiva y, en último término, aceptante.

No resulta arbitrario —analizado ya de esta manera el hombre— asignarle, como una derivación natural, un nuevo carácter: la autodeterminación.

Y estamos, sin duda, francamente cercanos a la concepción heideggeriana del Dasein, poder ser cuyo ser siempre está en juego (29). Claro está que los análisis de Heidegger, con

(28) E. R., aforismo 25.

(29) HEIDEGGER, *El Ser y el Tiempo*, pág. 15: “El ser ahí” se comprende siempre a sí mismo partiendo de su existencia, de una posibilidad de ser él mismo o no él mismo. Estas posibilidades, o las ha elegido el “ser ahí” mismo, o éste ha caído en ellas o crecido en cada caso ya en ellas...”. Y más adelante: “El ente al que en su ser le va éste mismo se conduce relativamente a su ser como a su más peculiar posibilidad” (pág. 50). “Y por ser en cada caso el “ser ahí” esencialmente su posibilidad, puede este ente en su ser “elegirse”, a sí mismo, ganarse, y también perderse, o no ganarse nunca, o sólo “parece ser” que se gana”. (pág. 51).

mucho más exhaustivos y penetrantes que los esbozos nietzscheanos, alcanzan una profundidad ontológica mucho mayor y sistemática. Porque las aproximaciones descriptivas de Nietzsche no son explícitamente formuladas y sólo son deducibles por sus consecuencias. Sin embargo, Zaratustra lo dice:

“... este destino es precisamente lo que quiso mi voluntad” (30).

Frente a las posibilidades que se abren en torno al hombre, éste puede proyectar su existencia en dos planos dispares: aceptarlas o rehuirlas. Para el Dasein hay dos caminos: la autenticidad o la inautenticidad; para el hombre nietzscheano, el asumir la responsabilidad, o —rechazándola— el convertirse en el “hombre pequeño”, “el hombre de que estás hastiado” (31). Para ambos, la estructura de la existencia auténtica o responsable se levanta, inevitablemente, sobre el sustrato de una vida inauténtica o banal. Esta existía ya, para Nietzsche, antes de “la hora en que, primero a uno, después a muchos y después a todos, les ilumine la idea más poderosa de todas...” (32).

¿Qué es lo que caracteriza la existencia auténtica en el Dasein heideggeriano? En un esquema apretado, cabe dibujarla como la proyección de sus posibilidades contra el trasfondo de la muerte, cuya sola y nuda asunción es su núcleo esencial. Más adelante veremos cómo se esboza —comparativamente— el problema de la muerte en Nietzsche y en Heidegger.

Conquista siempre precaria y dificultosa, la existencia resuelta proporciona —mediante un trasparente conocimiento de sí mismo y una aprehensión total del mundo y del propio ser en él—, el medio de penetrar en el núcleo ontológico del hombre.

Frente a la existencia auténtica de Heidegger, que se presenta como una aceptación anticipada de la muerte, el hombre

(30) Z., parte II. *En las islas afortunadas*.

(31) Z., parte III, *El convaleciente*.

(32) E. R., aforismo 25.

de Nietzsche vive auténticamente cuando alcanza la aceptación anticipada del retorno; es ésta la idea que pesará "sobre todas tus acciones de una manera formidable" (33).

"Esta vida, tal como tú la vives actualmente, tal como la has vivido, tendrás que revivirla una vez más; y una serie infinita de veces; nada nuevo habrá en ella; al contrario, es preciso que cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro, todo lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de tu vida, vuelvas a pasarlo con la misma consecuencia y el mismo orden" (34).

Es indudable que la sola posibilidad de semejante promesa es aterradora; cada acto, cada decisión, cada gesto y cada palabra, cada ademán y cada sonrisa adquieren de súbito una densidad extraordinaria. Remotamente alejados de lo circunstancial y efímero, los hombres deben asumir la responsabilidad suprema de cada instante de sus vidas, y puesto que ese instante va a volver en un cíclico retornar sin pausa, es preciso cargarlo del máximo peso específico de existencialidad.

Es necesario lograr, en cada momento, una plenitud vital que pueda repetirse sin menoscabo; es necesario cargar cada instante con la máxima intensidad existencial; es necesario que en cada acto, transfigurándose, relampaguee el ser mismo del hombre que lo lleva a cabo.

El programa es abrumador; ningún segundo insignificante, ninguna pausa de despreocupación, ningún minuto para la banalidad. Vivir siempre con el temblor constante y renovado de una vida tensa que se promete y se obliga la reiteración; aceptar la idea de que se va a volver a vivir cada recodo de la existencia; y entonces, amar y odiar, reír y esclavizar, filosofar y aceptarse con los dientes apretados, en el esfuerzo supremo de alcanzar el grado máximo de la plenitud que aspira a volver.

(33) G. S., aforismo 341.

(34) *Ibid.*

Por supuesto que el camino no es fácil; que es necesario al hombre de Nietzsche un valor inmenso, “el valor de los solitarios” (35). En la versión heideggeriana del problema, el valor que supone la aceptación de la finitud existencial como meta de la comprensión ontológica del Dasein.

“La vida es difícil de soportar” (36).

Y además, pululan los “predicadores de la muerte” (37). que acechan y predicán y hacen difícil el camino y cierran los senderos —ásperos, sí— que llevan al ser mismo del hombre, en su particularidad telúrica.

La comodidad, la burguesía de las costumbres, lo fácil e inocuo, veinte siglos de tradición y de amodorramiento conspiran contra el ideal del hombre nietzscheano. Hay un yugo inmaterial e hipócrita que pesa sobre los hombres: sacudirlo no es sencillo.

De manera semejante, el Dasein de Heidegger, para realizarse en el plano de la autenticidad, tiene también que vencer el amodazamiento que le imprime el *Man* impersonal en “las habladurías”, “la aivez de novedades” y “la ambigüedad” (38).

Por supuesto que en esta situación hay ventajas: el *Man* concede seguridad y confianza, desbaratando y diluyendo el tremendo problema de la angustia. La tradición anquilosada otorga, a cambio de la sumisión y el abandono, la tranquila seguridad del vivir en “un término medio” (39).

Pero Nietzsche es explícito:

(35) Z., Parte IV, *Del hombre superior*, 4.

(36) Z., Parte I, *Del leer y escribir*.

(37) Z., Parte I, *Los predicadores de la muerte*.

(38) HEIDEGGER, *El Ser y el Tiempo*, pp. 193 a 208: “La aivez de novedades, a la que nada le resulta cerrado, las habladurías, a las que nada les queda por comprender, se dan, es decir, dan al “ser ahí” que es así, la seguridad de una presuntamente auténtica “vida viva”. (pág. 200). “Las habladurías y la ambigüedad, el tenerlo visto y tenerlo comprendido todo, constituyen la presunción de que el “estado de abierto” del “ser ahí” así disponible y dominante podría garantizar al “ser ahí” la seguridad, genuinidad y plenitud de todas las posibilidades de su ser” (pág. 205).

(39) *Ibid.*

“No ya el gusto de la seguridad, sino el de la incertidumbre” (40).

Sacudida de esa manera por el reclamo hostigante la intimidad del hombre, se encuentra éste con que asumir la responsabilidad requerida no es decidirse por éste o aquel objeto, por ésta o aquella acción; el concepto de lo reprehensible es de finitivamente rechazado por Nietzsche:

Si el devenir es un gran anillo, todas las cosas tendrán el mismo valor” (41).

En consecuencia, no hay que hacer esto o aquello, sino hacer lo que se haga de una manera peculiar: aceptando la posibilidad deslumbrante de que lo que se hace volverá a repetirse eternamente.

No otra es la característica de la autenticidad heideggeriana: el existir auténtico no se precisa en una posibilidad concretamente determinada ni señalada, sino en la manera y perspectiva bajo la cual se la organiza; y en última instancia, en la manera y perspectiva con las que esta plenitud sea capaz de recortar sus nítidos perfiles contra el trasfondo de la muerte.

En el planteamiento nietzscheano que hemos esbozado, se acentúa la valorización de la vida instante por instante. El instante actual es el momento de la más alta resolución y acatamiento, el instante de la decisión es el ánfora en que se destila la más preciada de las responsabilidades y las aceptaciones; el instante de la consumación es la hendidura abierta en el ser mismo del hombre por la cual se logra acceso a su verdad esencial para rescatarla y hacerla flamear en el retorno eterno.

De ahí que el instante que pasa, desnudo de trascendencia y encarnando en el trasfondo telúrico, adquiera una dimensión insospechada: es la fuente de la revelación de la mismidad del hombre.

“Nuestro deber se nos presenta en cada momento” (42).

(40) *V. D.*, aforismo 1058.

(41) *V. D.*, aforismo 293.

(42) *E. E.*, aforismo 36.

Ese momento es el presente auténtico, que tan clara conexión presenta con el éxtasis heideggeriano correspondiente.

Pero no se agota en el instante la dimensión temporal del hombre nietzscheano. La prospección está lejos de ser eliminada del planteamiento del retorno.

“Que la causa de tu hoy sea lo futuro y lo más lejano”⁽⁴³⁾.

De igual modo que para el Dasein, existe para el hombre de Nietzsche la posibilidad de ir al encuentro de algo aún no presente que está, sin embargo, siendo vivido en lo presente, por la comprensión y aceptación de lo porvenir⁽⁴⁴⁾.

La dimensión de futuro cobra nueva importancia; pero mientras en Heidegger el futuro auténtico está delineado por la anticipación de la muerte, en Nietzsche el futuro hacia el que se lanza la proyección humana es un renovado existir en el cíclico anillo de la existencia total.

“Yo soy de hoy y de ayer... pero en mí hay algo de mañana, de pasado mañana y de lo porvenir”⁽⁴⁵⁾.

Y aquí, nuevamente, como en Heidegger, la tensión hacia el futuro resulta comprensión y aceptación del pasado; y más aún, juego recíproco e implicación recíproca entre ambas instancias.

Pero, repitémoslo, el porvenir siempre presente y determinante es distinto en ambos pensadores; para Heidegger se recorta contra la muerte; para Nietzsche, sobre el fondo del retorno.

Este último, saltando por sobre el “estúpido hecho fisiológico”⁽⁴⁶⁾ que es la muerte, la supera en la repetición cíclica de la existencia.

⁽⁴³⁾ Z., Parte I, *Del amor al prójimo*.

⁽⁴⁴⁾ HEIDEGGER, *El Ser y el Tiempo*; “El “correr al encuentro” hace comprender al “ser ahí” que únicamente desde sí mismo ha de tomar sobre sí el “poder ser” en que le va absolutamente su más peculiar ser” (pág. 302). “El sido surge del advenir, pero de tal suerte que el advenir sido (mejor, que va siendo sido) emite de sí el presente” (pág. 375).

⁽⁴⁵⁾ Z., Parte II, *De los poetas*.

⁽⁴⁶⁾ V. D., aforismo 915.

“Yo volveré eternamente a esta vida misma, a esta vida bienaventurada” (47).

Y acá surge una diferencia fundamental entre el Dasein y el hombre de Nietzsche. El Dasein es ser para la muerte; su autenticidad se reduce —ya lo vimos— a la aceptación de esa posibilidad, que es posibilidad de la esencial imposibilidad, en la lacerante comprensión de la finitud radical de la existencia. El existente nietzscheano, en cambio, no afronta nunca la posibilidad angustiada de ser su propia nada; por el contrario, la muerte le revela la suprema posibilidad del retorno; en vez de enfrentarlo con la imposibilidad esencial lo acoge a la posibilidad de las posibilidades, lanzándolo hacia la eterna reiteración.

Por eso, no es congruente la huída ante la muerte, que Heidegger anota como tónica de la existencia banal; la muerte debe ser superada en una auténtica aceptación, como la lleva a cabo la existencia resuelta, pero con otros horizontes, nuevos y reveladores.

La muerte es para Nietzsche condición de volver a renacer. Sólo el canto que acaba, la lágrima que perece, el arrebato que finaliza, el deseo que se apaga pueden volver a ser nuevamente; mientras aún son, carecen de la posibilidad magnífica de volver a ser.

Ese volver a ser siempre retornante es para Nietzsche la eternidad misma, la perduración *in infinitum* del hombre y sus acciones, que le otorga al existente la sublime prerrogativa de los muertos, el no morir (48).

Hay en el pensamiento nietzscheano una sed apasionada de eternidad.

“... me parece que todo ha tenido demasiado valor para poder ser tan fugaz” (49).

El peso magnífico de cada instante vivido rechaza la fugacidad y aspira a ser eterno. La eternidad es buscada por cada

(47) Z., Parte III, *El convaleciente*.

(48) G. S., Libro III, aforismo 262.

(49) F. D., aforismo 1064.

ímpetu y cada cólera y cada ironía. No una eternidad trascendente, no la antigua eternidad beatífica, no una vida más allá de esta vida sujeta a la tierra. Esta vida misma es la que se eterniza en el retorno; “no una vida nueva, o una vida mejor, o una vida semejante” (50).

El anhelo de eternidad se funde con el anhelo del retorno (51) y de esta manera, el retorno se convierte en la exaltación suprema y el supremo castigo. Porque no sólo lo gravitante y existencialmente denso vuelve a renacer. También renacerá el hombre pequeño.

Y ese hombre sufrirá la eterna humillación de repetir hasta el infinito el acto insignificante, sin dimensión, sin horizontes, sin proyecciones.

El eterno renacer de cada existencia, se perfila, igualmente, como el paso a través de muchas almas. Enriquecida renovadamente por ello, aunque centrada en decisiones retornantes, esa existencia hace de cada hombre un destino.

“En verdad os digo que yo camino a través de cien almas, y a través de cien cunas y a través de cien dolores de parto. Ya me despedí muchas veces. ¡Conozco las horas dilacerantes de las despedidas!” (52).

Y ese enriquecimiento es el que conduce a ver las cosas como ellas son. Sólo por el camino del retorno, que abre los cauces a ese paso por diversas almas que implica una superación de lo impersonal, es posible conocer verdaderamente (53).

Tal es la consecuencia, el efecto “de la doctrina sobre la humanidad”. El enriquecimiento, la plenitud existencial, el acceso a lo esencial, a la constitución esencial del hombre. Como llamado a la autenticidad, como apelación a la mismidad del existente, como comprensión de sus posibilidades y valoración de su originalidad, Nietzsche parece resonar como el preludio de todo el movimiento actual de la filosofía de la existencia.

(50) Z., Parte III, *El convaleciente*.

(51) Z., Parte III, *Los siete sellos*.

(52) Z., Parte II, *En las islas afortunadas*.

(53) T. G. S., pp. 122 ss.

Visionario hasta sus últimas consecuencias, irrumpió en el siglo XIX con el fervor profético de sus obras, abriendo una brecha profunda por la que el hombre, con toda su densidad propia, se adelantó hasta el plano filosófico oriental, constituyéndose en problema nuevo, candente, magnífico.

JULIA C. ALESSI

BIBLIOGRAFIA

- HEIDEGGER, M. *El Ser y el Tiempo*, F. C. E., México, 1951.
- NIETZCHE, F. Los textos han sido citados según la edición de sus "Obras Completas", Aguilar, trad. de Ovejero y Maury. Convencionalmente se ha adoptado la siguiente nomenclatura:
- V. D.: *La Voluntad de Dominio*. Tomos IX (año 1951) y X (1949).
- Z.: *Así habló Zaratustra*. Tomo VII (año 1951).
- E. R.: *El eterno Retorno*. Tomo VI (año 1949).
- G. S.: *El Gay Saber*. Tomo VI (año 1949).
- T. G. S.: *Tratados filosóficos del tiempo del Gay Saber*. Tomo XII (año 1950).
- EINSTEIN, A. Citado en el texto.

